

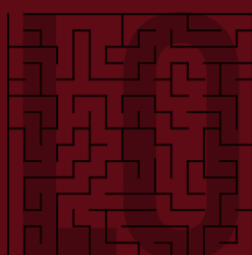
Mario Scalesi

Los poemas de un maldito

Edición, prólogo y traducción de Adrián Fernández Burló

EDICIÓN BILINGÜE

EDICIONES



DESCONOCIDO

PRÓLOGO

Este poemario que tienen ante ustedes fue publicado por primera vez en Túnez en 1923 y es el único de Mario Scalesi. Según indica la nota inicial de la obra original, en este volumen han sido reunidos todos los poemas que se han podido recopilar, y al menos, hasta donde se conoce, no existen otros poemas, por lo que ésta debería ser considerada su obra completa.

De «*Les poèmes d'un maudit*» lo primero que nos llama la atención es precisamente el uso de la palabra *maudit* en el título, y es que el propio Scalesi fue quien puso título a su obra póstuma y, por lo tanto, se entiende que de alguna manera debía considerarse a sí mismo un maldito, lo que a mi juicio es muy acertado por las razones que a continuación expondré.

Scalesi es un poeta que, si bien pudiera parecernos el arquetipo de poeta maldito que hoy en día conocemos (me estoy refiriendo al concepto que introduce Verlaine con su obra «*Les Poètes maudits*»), y aun guardando muchas similitudes con ellos, cuando rascamos un poco la superficie, podemos descubrir que posee ciertas particularidades que lo hacen elevarse a una nueva categoría dentro de su malditismo.

La obra de nuestro poeta gira en torno a su angustia vital generada por la miseria latente que inunda su entorno, el grave accidente que sufre en su infancia, y un fuerte desarraigo identitario. Estos son algunos de los temas clave y recurrentes que se repiten a lo largo de toda la obra, y sobre los que me detendré más adelante.

Si se pretende llevar a cabo una comparación exhaustiva con sus homólogos franceses desde la óptica del malditismo, las similitudes afloran al instante: vidas marcadas por graves problemas físicos y económicos, locura, y muertes prematuras. Pero estas semejanzas no sólo se dan en el aspecto puramente vital sino también en el corazón de sus escritos. Por ejemplo, si lo comparamos con Corbière (ambos autores de una única colección), podemos observar referencias similares por parte de ambos a amores enfermizos, amargos, utópicos. En el caso de Corbière, Marcelle es la mujer que se halla en el centro de su obra, mientras que Scalesi nos habla en varias ocasiones de una tal Laura, a veces de manera cándida, pero más a menudo descrita como perversa, mentirosa, dispuesta a la corrupción, indiferente e incluso despectiva hacia los sufrimientos masculinos. Tanto Scalesi como Corbière, o Baudelaire, escriben sobre prostitutas (y las frecuentan), aunque de diferentes formas, en el caso de Scalesi claramente de una manera bastante menos explícita.

Presenciamos aquí al poeta siempre desde la perspectiva de los vencidos, ya que él mismo se ve así, y así lo refleja en su viaje lírico. Se cree condenado a morir joven, tal y como podemos ver claramente en la apertura de su poema «*El accidente*», donde vive este fatal accidente como una auténtica muerte

prematura: «(Cuando la esperanza ha cerrado su libro, / Puede decirse que uno ya ha muerto.)». Condenado a vagar entre la pobreza, implorando la salvación a la figura de su madre, sugiriendo incluso un suicidio inminente que sólo su madre (¿quién si no?) podría evitar. No es descabellado insinuar también ciertas analogías entre su última estancia en el manicomio de Palermo y la estancia de Artaud en el de Rodez. Por último, si lo confrontamos con Rimbaud, podemos descubrir en ambos su desprecio a Occidente, el rechazo de la Europa continental, y sin embargo la imposibilidad de desprenderse de ella (ambos volvieron para morir allí), la postergación a Oriente, al Islam...; en la poética está más cerca de los primeros poemas de Rimbaud (véase «*Ofelia*», por ejemplo). Scalesi se sintió doblemente maldecido, primero por el ineludible destino, y después por el hecho de ser víctima de los hombres: «¡*Oh, hermanos que me habéis maldecido!*». Teniendo en cuenta todo lo anterior se comprende mejor el singular idiolecto poético empleado por nuestro poeta maldito.

Scalesi es un poeta eminentemente autobiográfico. Nos cuenta lo que ve, lo que vive y lo hace de una forma tan cruda que nos hace sentirlo muy nuestro. No le importa la gloria ni la fama, tan sólo el deseo de ser un grito honesto, un testimonio del infierno existencial en el que está inmerso. Los temas de su poesía están fuertemente unidos a su experiencia vital: el amor, la familia, su discapacidad física, la marginalidad, o el paisaje que le rodea, entre otros. Sus versos son territorios inexplorados que invitan a la meditación, cargados de emociones y de intensos estados de ánimo. Scalesi desnuda su alma, se muestra tal y como es porque así lo necesita, y su obra nos revela un alma repudiada que no encaja en las insondables coordenadas físicas y metafísicas en las que le tocó vivir. La lectura de sus poemas nos permite vislumbrar, desde el inicio, una marginalidad sincera y brillante (un claro ejemplo de ello es su poema «*Lapidación*», del que más adelante hablaré).

Mario Scalesi utiliza muchos símbolos y alegorías tal y como hacían los poetas del Decadentismo. Puede verse claramente en él la influencia de los movimientos simbolista y esteticista. La impresión que da es que, en muchos de sus textos, se sirve –y a menudo de forma autodidacta– de todo el engranaje metafórico y sugestivo del simbolismo francés, aunque también es justo decir que sólo es simbolista en algunas de sus composiciones.

En «*Los poemas de un maldito*», no pide apoyo ni adhesión a su causa, sino que más bien desea simplemente poder «*dormir entre los ignorados durmientes*», es decir, sólo ruega por el descanso eterno allá en la otra orilla, lejos de los fingimientos mundanos. Nos relata lo irracional de la existencia humana, la imposibilidad y el engaño del amor, la injusticia social e histórica, la debilidad de un Dios hostigado por los blasfemos y adoradores del dinero, y todo esto sin dejar de ser un poeta luchador e insumiso, pero sin falsos mitos ideológicos. Su obra puede llegar a ser algo complicada de leer, pero sólo en el sentido del compromiso de tener que lidiar con la potente crudeza que emana de su «*grito rebelde*», un grito desgarrador contra una condición de miseria social y humana.

Su poesía es real porque la vive en primera persona, y su objetivo aquí es hacer una crítica, entre otras muchas cosas, al capitalismo, al militarismo, la violencia contra el individuo y las masas, y la moral burguesa, al mismo tiempo que tratará de salvarse a través de la poesía. Leer a Scalesi es como ver una frágil barquita inmersa en la oscuridad del océano, meciéndose salvajemente a merced de la tormenta, y que, por si fuera poco, además nos da la sensación de que nunca terminará de hundirse.

Otro de los aspectos más interesantes a destacar de Scalesi es la presencia de un fuerte desarraigo identitario. El poeta se encuentra unido y separado a la vez de tres posibles colectivos: el de la comunidad italiana en Túnez, el de la comunidad francesa, y, el de la comunidad de tunecinos oprimidos, con los que comparte, no obstante, los mismos ambientes y las mismas miserias. El poema «*Amor bilingüe*» es en el que exterioriza más claramente su problema de identidad cultural, y lo hace de la forma más enardecida posible atestiguando su amor por ambas lenguas (italiano y francés). También podemos encontrar otros poemas en los que alude a Italia asociándola claramente con la idea del clasicismo poético. Scalesi parece sentirse parte del ideario francés, de hacer progresar (culturalmente hablando) la civilización de los pueblos norteafricanos. Es por ello por lo que elige el idioma francés como motor cultural para desarrollar su trabajo (haciendo gala, a veces, de una desmesurada francofilia), dejando su italianidad para la intimidad autobiográfica. Scalesi es consciente, por lo tanto, de que la lengua francesa puede ayudar a impulsar la cultura magrebí, pero cree firmemente que sólo debe hacerlo abandonando primero todas las tentaciones imperialistas, enriqueciéndola siempre a través de la autoridad y nunca de la coacción. De «*Los poemas de un maldito*» se desprende un mestizaje cultural sin parangón, la ruptura de una identidad frágil y la mirada multicultural del exiliado apátrida. Sus versos expresan los sufrimientos morales y las rupturas psicológicas de un intelectual en un entorno cultural plurinacional, donde diferentes civilizaciones se entrelazan, cristalizando en una compleja atmósfera. Scalesi es un poeta poliédrico: tunecino, italiano y francés, todo a la vez, lo que hace que no sea ni de aquí ni de otra parte, y ello le impide formar cualquier vínculo de identidad y pertenencia sin desgarrarse por ello el alma. Scalesi no conoce el italiano en su forma más pura (sus versos en italiano están plagados de faltas ortográficas) pero demuestra interés por la literatura italiana en un deseo desesperado de hacerla suya. Representa por tanto a un grupo humano más amplio y sin fronteras: los pobres y los excluidos. Es fácil para algunos, como así ha ocurrido, tratar de convertir a Scalesi en un simple instrumento político, pero sería un grave error detenerse ahí, tal y como afirma el poeta italiano Renzo Paris:

«Scalesi me parece un poeta muy solitario, recatado, maldito, como incluso en el título de su libro se llama a sí mismo. Y creo que se presta muy poco a la "instrumentalización", o a las interpretaciones políticas, tanto de la época en que vivió como de la de hoy [...]. Scalesi es, por tanto, un poeta que, en mi

opinión, debería desmarcarse un poco del debate político actual y verse dentro de su propia poesía.»

Por último, me gustaría destacar brevemente tres poemas que considero piezas centrales de la obra de Mario Scalesi:

«*El accidente*» es un poema esencial para comprender el aura de malditismo que rodea a Scalesi. Un poema autobiográfico en el que relata el accidente que sufrió al caer de una escalera cuando contaba con tan sólo 5 años, y que le marcó de por vida. La inocencia que recorre el poema es fuertemente abrazada por los desgarradores versos que lo abren: «*El instante en que dejé de vivir, / Lo veré durante mucho tiempo*», y los que lo cierran: «*Siento a mis pensamientos enfermizos huir / Hacia la escalera en la que morí*». La visión espantosa de una muerte prematura que aquí se constata nos acompañará durante el resto del poemario.

En el poema «*A mi madre*», Scalesi implora a su madre que le salve: «*Necesito tanto una caricia, / ¡Una palabra que me consuele un poco!*» siendo plenamente consciente de la miseria y la pobreza que rodea a su familia: «*Lo que de juventud me quedaba / Vuestra miseria me lo ha arrebatado*». Scalesi sólo pide descansar en brazos de su madre, dándonos la sensación de haber quedado atrapado en su niñez desde aquel fatídico accidente. Con un padre casi ausente, la figura materna lo es todo para él, pero es consciente del sufrimiento y las penurias que a ella le acontecen, y padece por ello dudando quizás que su madre fuera capaz de atender nuevamente su súplica, aun así, no puede evitar hacerlo a través de su voz, tanto en este poema como en otros muchos.

«*Lapidación*» es el poema que abre el libro, y aquí Scalesi hace gala de una lucidez deslumbrante. En parte metapoema: «*Este libro, ajeno a la gloria*», «*Si contiene tantos versos fúnebres*, en parte denuncia y grito desesperado: «*Esos versos son el grito asqueado / De una tenebrosa existencia*». Merece la pena detenerse un momento en él, para hacernos así una idea de lo que está por venir, un dolor inabarcable que no hace más que empezar con el clamor del último verso.

Hay muchos más poemas que merecen especial atención y un profundo análisis como, por ejemplo: «*De profundis*», «*Oda al dinero*», «*Minarettes*», o «*La epopeya de los pobres*» pero por razones de espacio me sería imposible estudiar todos ellos en el prólogo.

En conclusión, la poética de Scalesi evidencia un agudo espíritu de observación, combinado con un potente elemento imaginativo, dando pinceladas precisas de un paisaje que le era conocido, pero con unas fuertes connotaciones simbólicas. A pesar del recurrente interés que este poeta despierta (en las comunidades italiana y francesa), la lectura (y relectura) de sus poemas nos permite darnos cuenta de que aún es posible descubrir mucho en sus versos acerca de sus más íntimas vivencias, de los traumas de una comunidad dañada y de las incoherencias latentes en una ciudad multicultural y cosmopolita, como lo es

Túnez a principios del siglo XX. Con la traducción de la obra de Mario Scalesi pretendemos salvarlo del olvido, y que así a su vez él pueda salvarnos con esa intensa voz amalgamada de pureza y desesperación.

Adrián Fernández Burló

El Accidente

El instante en que dejé de vivir,
Lo veré durante mucho tiempo.
(Cuando la esperanza ha cerrado su libro,
Puede decirse que uno ya ha muerto.)

Musa, quiero que conmemores
Esta vieja y vulgar escalera
Que, habiéndome roto las vértebras
A no olvidarla me fuerza.

Creo que conoces la historia,
Ya que fueron por ti visitados
Aquellos fantásticos sueños de infancia
En que mi inocencia reía.

Era Navidad. El invierno de África,
Ese invierno de parecidos abriles
Floreecía en el aire balsámico
Bajo el dorado del sol.

Solía subir allí a buscar las cartas.
Una costumbre de antaño
Quería que jugáramos a hacer tartas,
Alubias cocidas y nueces.

La escalera en la penumbra estaba.
Contento, volví a dejar la baraja,
Cuando mi pie resbaló en la sombra
Mientras yo pensaba en el cielo azul.

Dicen que, huyendo de la mortaja,
A veces, por la noche un cadáver
Ronda su mortuoria cámara
Para así revivir el pasado.

Y estas escapadas macabras,
Vean cómo erróneamente se les niega:
Siento a mis pensamientos enfermizos huir
Hacia la escalera en la que morí.

Rebeldía

Madre, llevo trabajando duro desde el alba.

Estoy muy cansado, demasiado.

Extiende para mí tu viejo vestido

Sobre el suelo.

El parqué apenas calienta,

El invierno está irascible: llueve.

No puedo ver nada; ¿puedes hacerme

Un fuego?

El agua fría que bebo sacia

Mi sed, pero reaviva mi hambre.

Madre, ¿no tienes una rebanada

De pan?

Ni pan, ni fuego. La vida es sombría.

Me resigno a despreciarla.

Escucho a los niños entre las sombras

Llorar.

Entonces, mi hermana, la más pequeña,

Cara demacrada con los ojos dulces,

Me dice: «Tengo aquí algo para ti, toma rápido,

Dos monedas.»

«¿Qué hace falta comprar, hermano mayor?»,
Agregó con tono entrañable,
«¿Quieres un poco de pan? —No, pero sí un vaso
De vino.»

El mendigo árabe

Su albornoz está negro por la suciedad
Y bosteza por más de un agujero;
Su mano, tendida a quien pasa,
Rara vez recibe un céntimo.

Este mendigo es noble.
Se acuerda del cielo azul.
Como mendigo, se dirige,
No a los hombres, sino a Dios.

Se parece a los pobres diablos
del Antiguo Testamento.
El tiempo conserva las miserias
Los mismos lineamientos.

No lejos de él, bajo las palmeras
Donde sopla el viento cálido,
Los Árabes con ojos calmos
Contemplan caer la noche.

Tumbados en las rubias esterillas,
Acallaron de repente
Sus profundas discusiones
Para así disfrutar de su café.

Y la voz del desdichado
Esa voz de sombra y esperanza,
Temblorosa y venerable,
Se mezcla tan bien con la tarde,

Con la lánguida y tierna tarde
Donde el sueño parece vagar,
Que uno cree oír, escuchar,
Al crepúsculo llorar.

Amanecer

Surgió de la laguna oscura.
Un globo rojo y sin rayos
Lentamente se eleva en la sombra
Apoderándose de la ola y los montes;
Y los reflejos rosados, muarés,
Perturbando el sueño de los pájaros,
Contrastando con las aguas aún negras
Y deslizándose entre los juncos.
—Bendito aquel cuya alma,
En sereno éxtasis
Deja que tu luz y tu llama,
Aurora, florezca en su tormento;
Dichoso aquel que puede reunir sueños,
Sol, en tus floraciones de oro,
Y creer que contigo se levanta
Desnudo, ¡el Amor riéndose de la Muerte!